

VUELTA AL MUNDO

Reflexiones alucinadas a propósito de esta guerra

El anunciado choque de civilizaciones tiene ya sus dos frentes: fundamentalismo contra imperio



TONI COMÍN

1. Imperialismo. No sabemos qué va a suceder con esta guerra. Si será corta o larga. Si los muertos van a ser muchos –¿cientos de miles?, ¿un millón?– o pocos –¿decenas de miles?–. La expresión “pocos muertos” debería estar prohibida. El trío de la calavera –Bush, Blair y Aznar– nos quiere convencer de que será una contienda breve e indolora, como el ataque a Belgrado en la campaña de Kosovo contra Milosevic. Pero desconocemos si la desafección de la sociedad iraquí por Saddam es comparable a la que los serbios sentían por su dictador.

Parece más bien que tres países occidentales van a matar miles de personas inocentes de sociedades no occidentales y menos desarrolladas en nombre de la democracia. Como en el siglo XIX: entonces los historiadores lo llamaron imperialismo. En nombre de “la civilización”, Europa ocupó el mundo para expandir sus mercados, para tener acceso a los recursos naturales, por voluntad de dominio geopolítico. Como ahora: EEUU quiere mandar en Oriente Próximo para controlar mejor el petróleo; para combatir el terrorismo, para lo cual necesita no depender de Arabia Saudí; para proteger a Israel. El trío de la calavera está a punto de convertirse en un trío genocida y sería bueno intentar llevar –aunque sea imposible conseguirlo– a Blair y a Aznar al TPI.

2. Las mentiras. El discurso de la cumbre de las Azores arrojó un poco de luz a la extrema poquedad geopolítica de Aznar y la no tan extrema de Blair. Su esquema es sencillo: el eje transatlántico es, una vez más, el que tiene la llave de la salvación de la democracia en el mundo. Saddam es como Hitler: representa el totalitarismo, el mal, la opresión. Lo opuesto a “nosotros”, que somos el bien, la libertad, la democracia. En el siglo XX ¿quién nos liberó del totalitarismo? Por dos (o tres) veces, fueron los EEUU. En la Primera Guerra Mundial los norteamericanos intervinieron del lado de “las democracias” y contra los imperios. En la segunda guerra mundial, fueron pieza clave para liberar Europa del nazismo y el fascismo –aunque

menos clave que los rusos, todo hay que decirlo. Ganando la Guerra Fría, por tercera vez, deben pensar Aznar y Blair, nos libraron del totalitarismo soviético. A ellos, pues, les debemos la pervivencia de la democracia. Ahora –nos quieren hacer creer– la historia se repite. ¡Por Dios!

En su política exterior los EEUU muy pocas veces han representado la democracia. Sí en Europa occidental, pero nunca en el Tercer Mundo. Más bien han tenido un comportamiento imperial que ha costado millones de vidas –en Vietnam, en América Latina, en Oriente Medio–. Y hoy Bush obviamente no representa la democracia sino la extrema derecha proyectada sobre el mundo en forma de imperio. Hoy, como en el siglo XX, el mundo libra un combate entre la democracia y el totalitarismo, pero ahora los papeles están cambiados. EEUU y sus aliados transitan la senda del unilateralismo apoyado sólo en su superioridad militar; esto es el totalitarismo imperial. La “democracia planetaria”, por el contrario, la encarna el multilateralismo: dar voz a todas las regiones del mundo para decidir las grandes cuestiones. Sea por interés, sea por convicción, Francia y Alemania –que conectan el sentir de la sociedad europea en su conjunto– representan esta senda multilateral. La “salvación de la democracia en el mundo”, si está en las manos de alguien, está en las suyas: en manos del TPI, del tratado de Kyoto y de todos aquellos acuerdos globales a favor de los que empuja Europa y que EEUU han boicoteado en los últimos años.

3. ¿Quién nos salva esta vez? Si los EEUU cumplen ahora el papel que Hitler hizo en el siglo XX –el del totalitarismo de derechas– estamos mal: ¿quién nos va a liberar esta vez? Contra Hitler se dio el caso de que sus enemigos –los EEUU y la URSS– eran superiores militarmente. Pero ahora, los EEUU no tienen rival. ¿O sí? Quizás su peor rival sea la opinión pública mundial y, de su mano, las sociedades occidentales. Lo expresaremos como un pronóstico en tono de deseo: ahora van a ser las propias democracias las que van a generar los anticuerpos que expulsan a aquellos líderes dispuestos a jugar la carta del imperialismo. Aznar va a perder las elecciones, lo mismo que Blair, y puede que Bush. Si las

sociedades occidentales quieren seguir siendo democracias, se verán obligadas a sacar de sí mismas, en forma de reacción electoral, la “potencia” que las libre del totalitarismo con que se amenazan a sí mismas y al resto del mundo. En este siglo XXI que empieza, la única opción es que las “fuerzas de liberación” lleguen de dentro, y no de fuera. Los ciudadanos echaremos del poder a aquellos líderes que matan y “no en nuestro nombre”.

2. El choque de civilizaciones. No sabemos cuáles van a ser las consecuencias de esta guerra. No sabemos si va a excitar el terrorismo fundamentalista islámico. En este caso, la teoría del choque de civilizaciones, tan enmascaradora ella, se va a imponer todavía más. A veces la filosofía aporta claves de interpretación de la historia que pasan inadvertidas para las ciencias sociales. Cuando el 11 de septiembre dos aviones se estrellaron contra los rascacielos de Nueva York, nos pasmó que unos hombres con profesión y estudios estuvieran dispuestos a inmolarsé para defender el honor del Islam. ¿Qué religión es esta? Pura mística –sin mística no hay inmólación–, pero convertida en crimen. Muchas veces se ha repetido que al Islam, como le ocurría al catolicismo medieval, tiene pendiente pasar por la Ilustración. Una religión de la potencia mística del Islam sin modernidad se convierte, a veces, en fundamentalismo. Y éste alimenta el terrorismo.

Sigamos con la lectura simbólica y pensemos en las dos torres. ¿Qué veremos? Un mundo occidental donde los medios (la técnica, el poder, el capital) se han absolutizado, donde la libertad económica ha devorado la libertad política, donde la democracia ha derivado en imperialismo. El choque de los aviones en los dos rascacielos fue el símbolo exacto de una grave incompreensión: la de una religión por ilustrar que rechaza la libertad y que se ha convertido en fundamentalismo; la de una democracia que ha olvidado sus fundamentos espirituales y que se ha convertido en imperio. Imperio vs. fundamentalismo: ¿es éste el choque de civilizaciones que nos aguarda? □

TONI COMÍN

Profesor de Ciencias Sociales de ESADE